

Zenobia se realizó al fin. El *Museo Zenobia-Juan Ramón*, abierto en una sala de la Universidad de Puerto Rico, conserva un verdadero tesoro artístico y personal, al cual tendrán que acudir los devotos de la obra de ambos personajes. Poco antes Juan Ramón donó a la Biblioteca del Congreso, en Washington, una valiosísima colección de cartas de los más ilustres escritores de su tiempo. El libro termina con estas palabras emocionantes: "Zenobia murió con una canción en los labios y una alegría en el corazón; Juan Ramón, sintiéndose cerca de su madre y de su Moguer natal. Y ahora están allí los dos, reunidos para siempre, tranquilos, invulnerables. En lo alto, y dentro de nosotros, queda el recuerdo, y en el corazón de los hombres su poesía viva...".

ERMILO ABREU GÓMEZ

Facultad de Filosofía y Letras.

JOSÉ R. MARRA-LÓPEZ, *Narrativa española fuera de España (1939-1961)*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1963; 539 pp. (Col. Guadarrama de Crítica y Ensayo, 39).

Tuvieron que transcurrir 25 años desde que terminó la guerra civil de España y se inició el exilio de decenas y decenas de miles de españoles, para que alguien en Madrid, un investigador y crítico de la literatura, se diera a la tarea de conocer y estudiar a fondo la obra de sus compatriotas dispersos por el mundo.

Ese investigador, que ya sólo por la empresa que se propuso merece el respeto, el reconocimiento y la admiración de todos los españoles, lo mismo de fuera que de dentro de España, se llama José R. Marra-López. Su primera publicación, aparecida en 1963, se refiere a la *Narrativa española fuera de España* realizada entre los años de 1939 y 1961. Pronto dará también al público una antología de poetas en el destierro, a la que seguirá un extenso estudio de los mismos, y más tarde ofrecerá en otro libro un panorama crítico de los ensayistas españoles exilados.

Así es como la literatura de la España peregrina empieza a incorporarse a la historia de la cultura española contemporánea escrita en España. Los intentos anteriores de otros críticos peninsulares en ese sentido, algunos muy valiosos y generosamente concebidos, se habían limitado al estudio de casos aislados, siguiendo generalmente el rastro de unos pocos autores ya famosos en su patria antes de la guerra.

Muchos motivos explicaban esa omisión. El primero, dada la tensión política existente, era la imposibilidad de plantearse el estudio

de la obra de los emigrados sin correr un grave riesgo personal y caer en peligrosas sospechas; y en el mejor de los casos, la imposibilidad de publicar allí el trabajo realizado. Otro motivo pudo ser también la dificultad de reunir una parte suficientemente grande de los libros escritos por los desterrados.

Pero siempre ha de haber un hombre que, con la fuerza que le dan las nuevas circunstancias del medio en el que vive —menos estrictas ahora, al parecer— y con la propia fuerza de su audacia y personalidad, sea el primero en romper la tiranía de la inercia. Y ese hombre ha sido Marra-López. Aunque limitada al campo estrictamente literario, su labor es la de uno de esos admirables componedores de un organismo nacional trágicamente roto. De la futura reintegración del organismo español, que un día venturoso veremos cumplida, a Marra-López se le deberá haber hecho posible la suturación de uno de sus fragmentos importantes.

Y es Marra-López un verdadero reconstructor o integrador, porque ya no ve la escisión de los españoles a una luz partidista y local, sino a otra más extensa y universal: como el síntoma de una resquebrajadura que se ha producido en el interior del hombre contemporáneo, y que se manifestó con particular violencia y dolor en España en 1936; resquebrajadura que es preciso explicarse y enmendar entre todos los españoles, tanto por los que aparentemente resultaron intocados o aun beneficiados por ella, como por los que padecieron el desgarramiento de su tajo. En el prólogo declara el autor con toda precisión su actitud frente al problema, que estudia reflejado en la literatura; y así dice: “Bajo el título de *Narrativa española fuera de España* agrupo una serie de páginas que son un intento de acercamiento de uno de los fenómenos más singulares y profundamente turbadores que se han producido entre nosotros durante el último cuarto de siglo. Me refiero a la diáspora española acaecida a finales de 1939. Inmersos en ella hubo una serie de escritores que han continuado su tarea lejos de España durante todo este tiempo. Sólo la muerte ha interrumpido su quehacer a la mayoría. Si ya toda emigración es en sí misma un hecho en el que vale la pena detenerse por la problemática humana que lleva consigo, la expresión literaria de tal fenómeno resulta enormemente atractiva como estudio, aunque también compleja. Este fue, en su principio, el objeto de mi interés desde el punto de vista literario, al margen de movimientos políticos, aunque, como es lógico, en algunos momentos no tuviera más remedio que rozarlos. En esta hora del mundo, tan compleja y ambigua, en que las emigraciones son el pan nuestro de cada día. . . , la emigración española posee un extraño y triste privilegio, desde su punto de vista: ser la más

prolongada en cuanto a las existentes —la rusa está ya disuelta y la nuestra en trances de ello— y, como ibérica, la más irreductible y dotada de complejidades; todo ello la hace ser un caso aparte en la abundante diáspora contemporánea. Estas simples características enunciadas hacían atractivo el acercamiento a nuestros escritores fuera de la patria, además del interés por lo nacional y del hecho de que, hasta ahora, nada semejante se había intentado entre nosotros” (pp. 17-18).

Es preciso que el lector español, sea cual fuere su credo político, tenga constantemente en cuenta ese enfoque universal, ampliamente humano, que Marra-López da al problema, y que no se deje arrastrar aún por la desconfianza y la sospecha municipales al leer tal o cual renglón, esa o aquella frase del libro. Si ese espíritu mezquino prevaleciera en el lector español, no habría uno, ni de extrema izquierda, ni de extrema derecha, ni el equidistante de ambos, que en algún momento no se sintiese herido; y eso significaría que el esfuerzo de hombres como Marra-López son todavía, después de 25 años, prematuros, y que el tiempo y el dolor no nos han enseñado a humanizarnos más y a comprendernos un poco. Pero no será así. Quienes escudriñen de esa manera las páginas de este libro serán unos cuantos si acaso. Marra-López, siendo como es un hombre ejemplar, no es ya por fortuna un caso raro ni aislado de emoción española ansiosa de construir una España de la cual no quede excluido ningún español. Pero aun este otro lector para el que Marra-López ha escrito su libro debe luchar en algunos momentos de la lectura contra el impulso intransigente que, aunque cada vez más débil, todavía parecemos condenados a sentir los españoles de unas y otras creencias. El mismo Marra-López habrá tenido que sostener una lucha semejante consigo mismo al escribirlo. Y él nos ha demostrado a todos que se puede salir definitivamente victorioso de ella.

En la primera parte de su libro trata de las principales tendencias literarias en España entre los años de 1920 y 1936, centrandó ese tema en el magisterio que por entonces ejerció en todos los órdenes intelectuales Ortega y Gasset, comentando las encontradas actitudes que el pensamiento y el prestigio de Ortega promovieron, extremosas e irreconciliables entre sí; después se refiere a la reacción de los novelistas de la llamada Generación del 36 contra la narrativa “deshumanizada” de sus inmediatos predecesores, pugnando por inaugurar un nuevo realismo.

En la segunda parte del libro, intitulada “El exilio”, entra Marra-López en la materia que verdaderamente le importa estudiar, y a ella tan sólo he de referirme yo en esta reseña, dejando para otra ocasión el comentario a las partes tercera y cuarta de la obra.

Las primeras páginas de esta segunda parte contienen las reflexiones del crítico sobre un hecho plenamente comprobado y objetivo: la frecuencia de las emigraciones a lo largo de la historia de España, hecho que contrasta con una característica señalada por Marañón como esencial del hombre español, y que Marra-López da por cierta: la de ser una criatura eminentemente arraigada a su patria. En uno de los párrafos dice: "Pero contra lo que pudiera creerse de toda esta tradición emigratoria, el español es un ser por esencia arraigado a la patria. Su inclinación a asentarse en otras tierras es escasa, a pesar de toda nuestra larga historia descubridora y colonizadora. Ese afán de *volver* que posee el español es para Marañón una de las causas de la prematura pérdida del imperio colonial. Y el arraigo que poseemos nos fuerza a permanecer tesonera, tozuda y un tanto aldeanamente afincados en el lugar en que nacimos, como supuesto fundamental para nuestra existencia. Esta cualidad implica doble filo un tanto ambiguo, pues si bien por un lado nos *sitúa* en el mundo, con los pies perfectamente asentados en la tierra que pisamos, el reverso de la medalla muestra el peligro de la falta de experiencia sobre la vida que existe «fuera» de nosotros y su posible aplicación en el país. Cuando los españoles se han visto forzados a la emigración, han formado un mundo aparte dentro del mundo que les rodeaba, de la sociedad que les acogió, salvaguardando celosamente sus costumbres y formas de existencia, como si de esta apretada unión dependiera su vida futura, ciegos y sordos al contorno que les rodeaba" (p. 61).

Esta última afirmación de Marra-López es desde luego objetable, aunque no sea más que por la forma tan tajante de expresarla. Válida tal vez para algunas emigraciones españolas de corta duración en el siglo pasado, parcialmente valedera para los primeros años y solamente para ciertos grupos de la emigración española actual, hoy resulta —al contemplar en su conjunto la obra personal y pública, el estilo de vida, las inquietudes y las tareas de los españoles emigrados en México, en Argentina o en Francia— alejada de la realidad.

Con todo, el planteamiento del problema, enfocándolo a una luz que sobre todo alumbra la paradoja mencionada, es certera y sagaz, no obstante que a veces orille al crítico a formular hipótesis discutibles, cosa, por otra parte, muy natural, ya que la materia en cuestión está llena de muy sutiles complicaciones. Pero esas hipótesis ceden en seguida el paso a otro tipo de observaciones mucho más justas y esclarecedoras, cuando el crítico entra a estudiar las peculiaridades psíquicas del intelectual español en el destierro, y posteriormente cuando expone sus meditaciones sobre el narrador concretamente y la problemática que fuera de su patria se le presenta.

Las dos cuestiones angustiosas que principalmente asaetean la conciencia del intelectual desterrado son —siguen siendo— y lo fueron más enfáticamente durante los primeros años del exilio: ¿A quién va dirigido lo que escribo, a qué público? ¿En qué realidad o vivencias se alimentará mi obra a partir de ahora?

En varios momentos logra Marra-López resumir con mucha claridad aspectos básicos de la problemática del intelectual desterrado; en éste, por ejemplo, en el que dice: “Hay escritores que han permanecido encastillados en su postura de siempre, inalterables al paso del tiempo, como si éste no transcurriera, con el deseo de ir haciendo mejor o peor una obra de resonancia española, vueltos totalmente hacia lo que ya era pasado. Por el contrario, hay otros que han examinado con serenidad la situación en que se encontraban, sin posibilidades y caminos a seguir. Por medio del ensayo se han preguntado repetidas veces el porqué de su insistencia en seguir escribiendo, si valía la pena o no continuar testimoniando desde su situación, y a quién estaban dirigidas esas experiencias. Porque si la mayor parte de sus indagaciones versan sobre el «problema-España presente y pasado», ¿interesa una obra conjunta de este tipo al lector sudamericano? ¿Se satisface el escritor con que le lean, dispersos por el mundo, unos centenares de compatriotas emigrados? Y, en el mejor de los casos, recibir una comprensiva y animosa carta de algún viejo amigo, colega o no, residente en España. ¿Y el resto del país, su público natural, los miles de lectores habituales? ¿Y las nuevas generaciones, totalmente desconocidas? ¿Es tranquilizadora esta incierta y solitaria tarea realizada día tras día, año tras año, con la clara crisis interna que tal situación acarrea? Lo que está en cuestión es el último apoyo que podría poseer el escritor en el exilio” (pp. 63-64).

Las meditaciones de esta naturaleza que Marra-López hace a lo largo de su obra se apoyan principalmente en las que un escritor emigrado, Francisco Ayala, ha reunido en su libro *El escritor en la sociedad de masas*.

En este capítulo de la *Narrativa española fuera de España* el autor afirma que “la influencia de Unamuno ha sido la de mayor peso en el mundo del exilio” (p. 72). ¿Mayor que la de Antonio Machado, al que desde luego también cita Marra-López, si bien en segundo término? Yo creo que no. Hojeando las revistas de los emigrados esto puede apreciarse, ya que las menciones a Machado, estudios de su obra, elogios de su vida, lamentaciones de su muerte, citas de sus escritos, son, con bastante diferencia, más frecuentes que los de ningún otro escritor. La importancia de Unamuno ha sido en ese sentido grande, desde luego, pero no tan notoria como la de Antonio Machado.

Había, por lo pronto, una razón histórica para que así fuese; la total identificación de Antonio Machado con la causa republicana, que lo condujo primero a la intervención con su palabra en defensa de la República, ya fuese en discursos, artículos o poemas, que después lo llevó al destierro en lamentables condiciones, y por fin a la muerte en un pueblecito francés pegado a los Pirineos. La actitud política de Unamuno fue, en cambio, a los ojos de una buena parte de los emigrados, un tanto ambigua. Y no obstante su valiente declaración y sobrecogedor discurso en ocasión del festejo del 12 de octubre de 1936 en la Universidad de Salamanca, en los emigrados pesó mucho durante algún tiempo el recuerdo del Unamuno distanciado y aun detractor del proceso que había seguido la administración republicana.

Si hubiera que señalar el libro de cabecera de los intelectuales españoles durante los primeros años del exilio, creo que sería *Juan de Mairena*. Antonio Machado, como maestro y paradigma humano, y Federico García Lorca, como símbolo trágico, son los dos grandes nombres que han acompañado a los emigrados españoles por el mundo. Después de ellos, entre los miembros de la Generación del 98, Unamuno, sí, el primero; y en seguida, quizá, don Ramón del Valle Inclán. Otro símbolo trágico de la emigración llegó a serlo Miguel Hernández. Y, en fin, al hacer un recuento de los autores españoles cronológicamente no muy lejanos que los desterrados hicieron especialmente suyos, debe también anotarse el rencuentro de éstos con la obra y la personalidad de don Benito Pérez Galdós. (El suyo fue, por cierto, el nombre que llevó la ya famosa Librería de Arana.)

En el segundo capítulo de esta segunda parte, intitulado "El narrador sin asideros", pasa José Marra-López a considerar las mayores o menores posibilidades a las que han tenido que enfrentarse los escritores emigrados atendiendo a los distintos géneros literarios que cultivan. Apoyándose en las palabras de Vicente Lloréns, que trataba el mismo punto al estudiar la emigración española en Inglaterra durante el siglo XIX, en su libro *Liberales y románticos*, nota Marra-López que los autores dramáticos han sido los más afectados por la ausencia de ese público nacional propio, y también por la ausencia de motivaciones asimismo nacionales en la creación de su obra. Y desde luego, le resulta evidente al crítico —y así es— que "en el terreno de la especulación abstracta o en el de la investigación crítica, histórica y literaria permanece menos afectado (el escritor) por no necesitar teóricamente el «aire» del país abandonado" (p. 90).

Sin duda, como dice otra vez Marra-López, "en este aspecto la creación sale peor librada". Dentro del terreno de la creación, el teatro; después, seguramente la narrativa; y en cambio, la poesía lírica

sería el género al que la circunstancia del destierro no le mermó casi campo de desarrollo. Sobre este último punto esperamos, naturalmente, el estudio que el mismo Marra-López prepara ya. Yo pienso a ese propósito que, sin que tal vez pudieran sacarse conclusiones muy generales; particularmente sí podrían citarse casos de poetas españoles que, habiendo realizado una obra lírica valiosa en España antes de la guerra, la aumentaron dotándola de grandeza incuestionable precisamente en el exilio, y cantando motivos que ese mismo hecho amargo les proporcionó. León Felipe, Juan José Domenchina y Pedro Gafas son tres de esos casos.

Con todo, tras la distinción en ese sentido de la actividad creadora y de la histórico-crítica y la jerarquización de los distintos géneros, Marra-López sutilmente apunta que "esto es en lo que se refiere a las condiciones externas, aparentemente objetivas; pero ¿cómo calibrar lo subjetivo?". Y como muestra de la imposibilidad de que aceptemos la clasificación por él propuesta como del todo verdadera, recuerda un emocionante párrafo que José Fernández Montesinos, "uno de nuestros mejores investigadores de la actualidad, en quien crítica y erudición alcanzan alturas creadoras, ha escrito recientemente: «Pero yo, que por mi desgracia he sufrido en mi carne y en mi sangre más que otros; yo, que me he encontrado por eso mismo en las circunstancias menos propicias, tan desprovisto de todo a veces que hubiera podido decir con el archipoeta, *nihil possum scribere nisi sumpto cibo* —y en efecto, casi nada pude escribir entre los años 1936-1946, los que hubieran debido traer mi maduración—, veo ahora mi vida como una promesa frustrada y me resiento terriblemente de ello» (JOSÉ F. MONTESINOS, *Ensayos y estudios de literatura española*, México, De Andrea, 1959; p. 8). ¿Qué se puede añadir a estas patéticas palabras que demuestran cómo un cultivador de la ciencia literaria, presumiblemente más objetiva e independiente de circunstancias adversas, resulta inutilizado durante una larga década? Si puede ocurrir en este campo de la literatura, ¿qué no pasará en el de la creación?" (página 90).

En el capítulo tercero, último de esta segunda parte, Marra-López ordena sintéticamente los distintos caminos —"los caminos posibles", los llama él— que la narrativa española desterrada ha seguido, agrupándolos en cuatro tendencias temáticas (el pasado y el presente; abstracción, intelectualismo y simbolismo; la España inventada, y el problemático regreso), cada una de las cuales muestra a su vez una compleja gama de manifestaciones variadas que el crítico expone con acierto y penetración.

En la tercera parte de su libro, Marra-López pasa a estudiar la

obra de los narradores que él considera más representativos y valiosos de la España peregrina, y que son: Rosa Chacel, Esteban Salazar Chapela, Max Aub, Francisco Ayala, Arturo Barea, Ramón J. Sender, Segundo Serrano Poncela y Manuel Andújar. La cuarta y última parte del libro es, como su título dice, una "Nómina incompleta de narradores" en el exilio, si bien la acuciosidad y el esfuerzo del crítico han logrado que las lagunas que en ella se advierten sean escasas.

Para terminar esta reseña, sólo desearía insistir en que ha sido José R. Marra-López el primer crítico que ha intentado en España, al componer este laborioso y excelente libro, reincorporar a la historia de la cultura de su país el estudio de la labor de sus compatriotas dispersos por el mundo. Su nombre y su obra no podrán ser olvidados nunca.

LUIS RIUS

Facultad de Filosofía y Letras.

ÁNGEL MARÍA GARIBAY K. (ed.), *Poesía náhuatl*, México, UNAM, 1964; 241 pp. (Instituto de Historia: Seminario de Cultura Náhuatl).

El presente volumen es el primero de una serie en que la imprenta universitaria proyecta publicar el *Corpus* de la poesía náhuatl prehispánica, el cual consta de los siguientes principales manuscritos: los *Romances de los señores de la Nueva España*, conservados en la Colección Latinoamericana de la Biblioteca de la Universidad de Texas; la Colección de *Cantares mexicanos*, que guarda la Biblioteca Nacional de México; otra colección de *Cantares mexicanos* que está en la Biblioteca Nacional de París, y las colecciones menores que pueden formarse con poemas e himnos que se hallan en la *Historia tolteca-chichimeca*, los *Anales de Cuauhtitlán*, los *Códices Matritense y Florentino*, y en la obra de Hernando Ruíz de Alarcón, *Tratado de las supersticiones de los naturales de esta Nueva España*.

Dentro del plan de dicha serie —que Ángel María Garibay supone que se compondrá de seis volúmenes, cada uno con su propia Introducción y sus estudios referentes a cada testimonio— el que ahora tenemos a la vista comprende las siguientes partes: I. Advertencia general; II. Introducción; III. Texto y versión de los poemas; IV. Notas explicativas de los poemas; V. Bibliografía; VI. Texto de la *Relación* de Juan Bautista de Pomar; VII. Glosario de arcaísmos; VIII. Vocabulario de voces nahuas; y IX. Personas mencionadas en los *Romances*.

Lo más importante, desde luego, son los poemas mismos, en primer